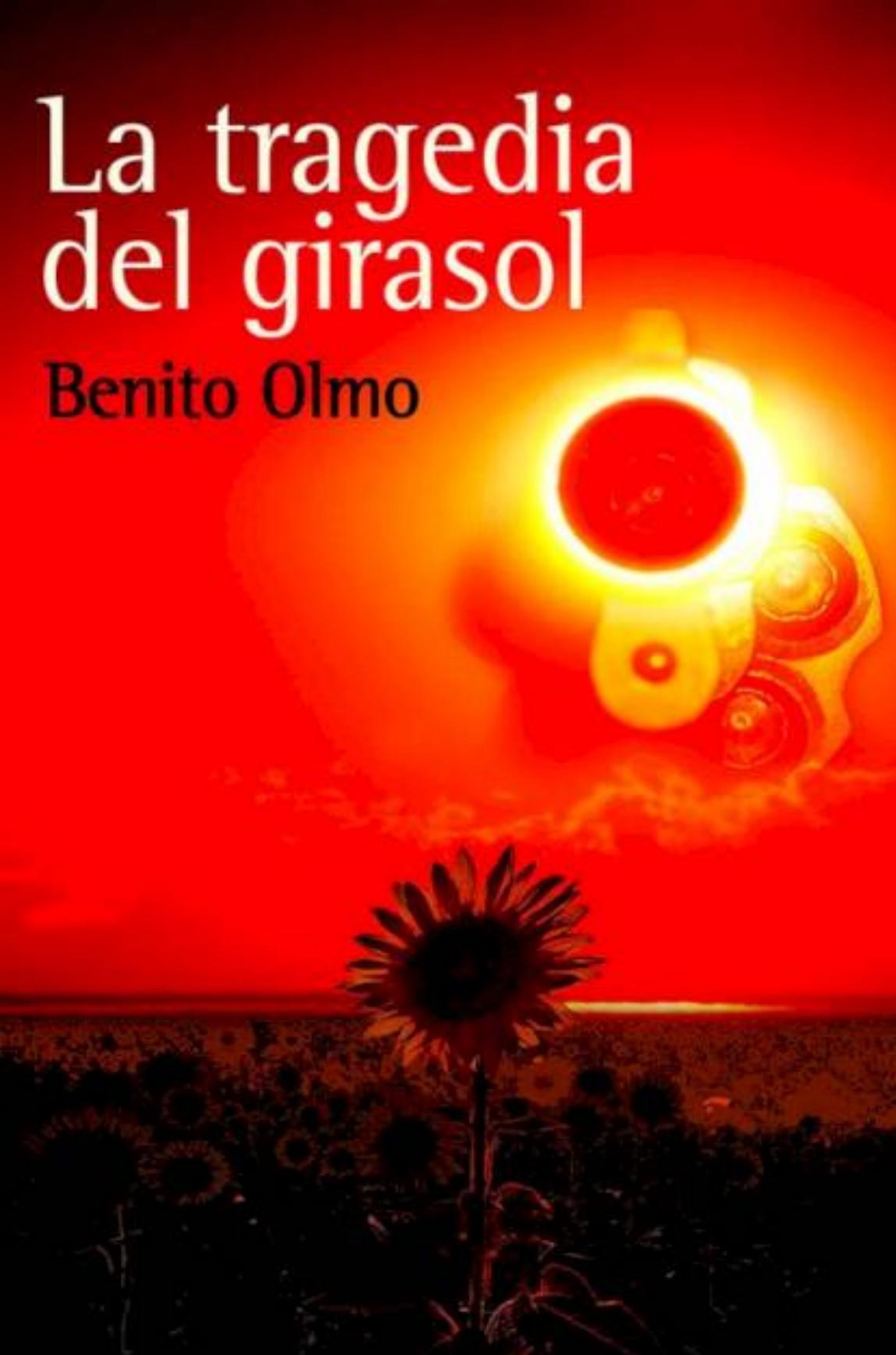


La tragedia del girasol

Benito Olmo



Suspendido de empleo y sueldo, el exinspector de policía Manuel Bianquetti se ve obligado a malvender sus servicios como investigador privado hasta que recibe un encargo aparentemente sencillo: proteger a un importante empresario durante su estancia en la ciudad.

Sin embargo, lo que parece un trabajo rutinario desembocará en un reguero de muertes que obligará a Bianquetti a dar rienda suelta a su instinto de investigador para sobrevivir, llevándole a descubrir que, a menudo, el sol que más calienta también es el que más quema.

A Lucía, Lily, Emma, Erin y Elaia

CAPÍTULO 1

Nada más introducir el Kadett en el aparcamiento del supermercado, cerrado a esa hora de la madrugada, Bianquetti vio a la mujer que le estaba esperando. Iba enfundada en una gabardina oscura y llevaba el pelo recogido en una gruesa coleta que acentuaba su altura en varios centímetros y contenía sus rizos a duras penas, para que no se desmandasen.

Detuvo el coche a un lado del *parking*, y la mujer dio una última calada al cigarrillo que tenía entre los dedos y lo arrojó a un lado. Después empezó a contonearse en su dirección. Caminaba moviendo las caderas de forma exagerada, un balanceo que a Bianquetti le pareció más extravagante que sensual, pero que alguien debía de haberle dicho que volvía locos a sus clientes, supuso. Se inclinó sobre el asiento del acompañante para accionar la manivela que bajaba la ventanilla.

—Hola, guapo.

La mujer mostró una sonrisa que resplandeció sobre su piel oscura como diamantes sobre un manto de terciopelo y, sin esperar invitación, abrió la puerta y tomó asiento a su lado. El habitáculo se vio inundado por una fragancia densa y empalagosa, un perfume infame que a Bianquetti le pareció diseñado para tapar otros aromas menos agradables.

—Soy Regina.

Bianquetti acogió la presentación meneando la cabeza de un lado a otro y oteó los alrededores en busca de posi-

bles testigos. Cuando se aseguró de que no los había, le dedicó una mirada cansada.

—No eres Regina —replicó—. Al menos, no la Regina que estoy buscando.

Las facciones de la mujer recibieron el veredicto sin inmutarse, lo que le hizo pensar que, en realidad, ya esperaba aquella respuesta.

—¿No te gusto?

La cuestión se meció con un deje caribeño y delicioso que evocaba palmeras, mojitos y playas paradisíacas. Bianquetti empezó a negar de nuevo pero, antes de que pudiera verbalizar lo que estaba pensando, la mujer se desabrochó la gabardina y dejó sus pechos a la vista. Un busto desproporcionado, generoso en exceso, coronado por dos pezones gruesos y oscuros como trufas.

—No se trata de eso.

Reacia a creer que fuera inmune a sus encantos, la mujer se giró completamente para mostrarle la mercancía en toda su magnitud y adelantó una mano en dirección a su entrepierna.

—Lo vamos a pasar bien, mi *amol*...

Bianquetti interceptó aquella mano cuando estaba a punto de tocarle y la sujetó con firmeza.

—Por favor, baje del coche.

Acompañó la petición con una mirada incandescente. La chica tardó unos segundos en darse cuenta de que acababa de rechazarla por segunda vez y reaccionó soltándose de un tirón. Bajó del coche sin molestarse en abrocharse la gabardina, cerró de un portazo y le mostró el dedo corazón a través de la ventanilla, con los pechos bamboleándose de un lado a otro.

—Vete a tomar por culo, hijoputa.

El acento meloso había desaparecido como por arte de magia, dando paso a un deje andaluz que a Bianquetti le pareció mucho más bonito que el anterior, aunque ella debía de estar convencida de que era menos efectivo con los

tipos que requerían sus servicios. Mientras la observaba alejarse con pasos rápidos y furiosos, sacó un cigarrillo y comenzó a jugar con él entre los dedos sin decidirse a encenderlo.

Llevaba una semana buscando a esa tal Regina y, contando a la que acababa de regalarle aquella peineta, ya eran doce las chicas de compañía que respondían a aquel nombre con las que se había citado sin éxito. Estaba empezando a preguntarse si llegaría a encontrarla alguna vez.

Percibió un movimiento en el interior de un coche estacionado en el otro extremo del aparcamiento y observó que tenía los cristales empañados por dentro. Sus ocupantes debían de estar pasando un buen rato, se dijo, lo que le impulsó a guardar el cigarrillo, arrancar y largarse de allí.

Cuando pasó junto a aquella prostituta que había ido hasta allí para nada, no pudo evitar sentir lástima por ella. Bastante jodido lo tenía como para encima verse rechazada por alguien como él, pensó.

La rebasó sin mirarla, haciendo como que no oía sus insultos.

CAPÍTULO 2

Horas más tarde, la madrugada dio paso a un amanecer tan húmedo y frío que parecía que hubiera estado lloviendo durante toda la noche. El suelo, los bancos, las farolas y prácticamente todo el mobiliario urbano aparecían bañados en una pátina de humedad tan densa que daba la impresión de que algún dios juguetero se hubiera entretenido orinando sobre la ciudad mientras el resto del mundo dormía.

Bianquetti se arrebujó en su abrigo y maldijo aquel tiempo tan desagradable en voz baja. Una de las cosas que más odiaba de Cádiz, además del viento de levante que cada pocas semanas castigaba a sus habitantes, era aquella irritante sensación de humedad, tan persistente que resultaba imposible eludirla, ni siquiera colocándose varias capas de ropa.

Conforme pasaron los minutos el cielo fue abandonando su negrura, que fue sustituida de forma progresiva por tonos violetas y rosáceos, y Bianquetti pensó que, de no haber tenido una cita, no habría abandonado la comodidad de su domicilio en todo el día. De hecho, había estado tentado de quedarse en la cama e ignorar a aquel potencial cliente que, el día anterior, tan interesado se había mostrado por teléfono en contratar sus servicios. Si se había obligado a levantarse, darse una ducha y atravesar la ciudad a aquella hora tan intempestiva, era más por curiosidad que por ganas de aceptar ningún encargo.

Llegó a la plaza de Fragela y divisó el Bar Ducal, donde le habían emplazado. En lugar de entrar, se apostó junto a la puerta y sacó un cigarrillo, que alisó con los dedos al tiempo que dejaba pasar los minutos. Llevaba casi un mes tratando de reducir la cantidad de nicotina que acumulaba en sus pulmones y había conseguido pasar de consumir un paquete diario a solo uno o dos cigarrillos al día. Todo un logro, teniendo en cuenta que aquel vicio le había acompañado de forma ininterrumpida desde los catorce años.

Cuando solo llevaba unos minutos esperando, un Citroën de color negro emergió tras una esquina y Bianquetti le dedicó toda su atención. Le sonaba aquel coche, aunque no fue capaz de recordar dónde lo había visto antes, y al verlo aminorar y estacionar en un lugar cercano, en una plaza reservada a los taxis, se preguntó si se trataría del tipo al que estaba esperando.

Al ver bajar del Citroën al inspector Silva arrugó el gesto, y la sonrisa traviesa con la que este le saludó terminó de amargarle la mañana.

—Qué bien te veo, Bianquetti.

El saludo le hizo debatirse entre la posibilidad de mandarlo a la mierda y la de largarse sin más. Finalmente descartó ambas opciones y se limitó a quedarse allí varado, observando a su antiguo compañero mientras apretaba el cigarrillo con más fuerza de la necesaria, a punto de quebrarlo.

—¿Te apetece un café? Yo invito.

Silva entró en el Bar Ducal sin esperar respuesta y, tras unos segundos de duda, Bianquetti farfulló un juramento, guardó el cigarrillo y entró tras él. Se acodaron en un extremo de la barra, alejados de dos parroquianos que desayunaban y leían el periódico mientras un transistor sintonizado en Radio Nacional de España emitía las noticias desde el otro lado del mostrador.

—¿Qué tal todo? —preguntó Silva, empeñado en iniciar una conversación sin que el rostro malhumorado de Bian-

quetti pareciera desanimarlo en absoluto.

—Estupendamente, hasta que has aparecido.

—Yo también me alegro de verte.

El camarero, un sesentón con el rostro somnoliento y desganado de quien lleva treinta años haciendo lo mismo cada mañana, apareció de la nada para tomarles nota. Un cortado para Bianquetti, una Coca-Cola para Silva. Antes de que pudieran reanudar la charla, se puso en marcha el vaporizador para calentar la leche, lo que provocó un sonido estridente que durante casi un minuto completo sustituyó la letanía del transistor e impidió cualquier intento de conversación.

Bianquetti aprovechó aquella escandalosa pausa para estudiar a su antiguo compañero, que había empezado a ojear el *Marca* que descansaba a un lado de la barra, aunque sospechó que lo hacía para no tener que enfrentarse a su mirada. Seguía teniendo aquel aspecto trasnochado que le hacía parecer más un modelo que un policía, con su barbita perfectamente recortada, sus zapatillas de marca y una chaqueta de cuero muy ceñida. Cuando el zumbido cesó, volvió a soltar el *Marca* para seguir donde lo habían dejado.

—¿Qué tal marcha la investigación privada? Espero que te dé para vivir, al menos.

—No me puedo quejar.

—Hay un nuevo comisario. Te caería bien.

—¿Tú crees?

Silva contuvo la respuesta mientras el camarero colocaba frente a él una lata de Coca-Cola y un vaso con un cubito de hielo y una rodaja de limón que parecía haber cortado a pellizcos. Después de mirar el vaso con desconfianza, decidió beber directamente de la lata. El cortado sí que tenía buen aspecto, se dijo Bianquetti. Oscuro, en vaso y con mucha espuma.

—Últimamente no paramos —continuó Silva—. El comisario siempre habla de estadísticas y de algo llamado «índi-

ce de resolución de casos». Le han apodado «el matemático».

—Me alegro mucho por vosotros.

—¿Qué tal te va como detective? ¿Has tenido ya algún encargo interesante?

—¿Por qué no te dejas de gilipolleces y me dices de una vez para qué me has hecho venir?

Silva abrió mucho los ojos tratando de parecer ofendido, aunque sus escasas dotes teatrales estropearon el efecto.

—¿Es que uno no puede llamar a un antiguo compañero para saber cómo le va?

Bianquetti imaginó que Silva habría convencido a alguien para que le telefonease haciéndose pasar por un posible cliente y concertase aquella cita.

—No me tomes por imbécil, Silva.

—¿Acaso habrías venido si te hubiera dicho quién era?

Esta vez fue Bianquetti quien esquivó la pregunta echando un sobre de azúcar en el cortado. Tras removerlo, se lo bebió de un trago.

—Dime lo que tengas que decirme y lárgate —dijo, alzando la voz lo justo para que el camarero y los dos parroquianos volvieran la cabeza y le dedicaran una mirada alarmada, temiendo que aquel bigardo de dos metros de altura y cara de mala hostia decidiera echar abajo el local con ellos dentro—. Estoy muy ocupado.

—No es eso lo que he oído.

Un fogonazo de ira prendió en su pecho, tan intenso y repentino que tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no coger el vaso vacío y estampárselo en el rostro, desgraciando para siempre aquel semblante de galán de cine. No supo si le molestó más el tono tranquilo con el que pronunció aquella sentencia, como si se tratara de algo obvio, o el hecho de que en comisaría estuvieran informados de su situación.

—Adiós, Silva.

—Espera.

Bianquetti negó con la cabeza y empezó a darse la vuelta, pero se detuvo al ver que su antiguo compañero se echaba la mano al bolsillo para sacar algo.

—El miércoles vendrá a Cádiz un ricachón, un tipo llamado Carlos Ferraro —extrajo una tarjeta de visita y la colocó sobre la barra—. Están organizando el dispositivo de seguridad para su protección y buscan personal. Nos han preguntado si conocemos a alguien, y me he acordado de ti.

—¿Acaso tengo pinta de guardaespaldas?

Silva pareció a punto de responder alguna ocurrencia, pero se contuvo a tiempo. Bianquetti cogió la tarjeta y la examinó en silencio. Era negra, sin dibujos ni florituras, y en el centro se podía leer la inscripción BULL EYE en letras doradas, seguida de un número de teléfono.

—No vuelvas a llamarme, Silva.

Dejó caer la tarjeta al suelo y le dio la espalda, dispuesto a abandonar la cafetería antes de que la rabia tomase el control. Lo que le pedía el cuerpo era agarrar a Silva de las solapas de la chaqueta y lanzarlo al otro lado de la barra, contra la estantería donde el transistor y varias botellas cogían polvo ante la escasez de clientes y de ganas de pasarles un trapo.

En la calle, la humedad volvió a golpearle el rostro y se encaminó hacia el lugar en el que había dejado el coche tratando de no pensar en lo que acababa de suceder. No había sido policía durante veinte años para terminar haciendo de niñera de un ricachón, se dijo, y el hecho de que Silva hubiera podido pensar lo contrario le puso furioso.

—¡Espera! —Oyó a su espalda.

En lugar de detenerse, Bianquetti apretó el paso, pero Silva apareció a su lado trotando con entusiasmo.

—Te la estás jugando, guapito —dijo sin mirarlo.

—Lo siento si te he molestado, de verdad. Lo que te ha pasado es una putada.

Esta vez sí, se volvió hacia su excompañero para calibrar su sinceridad. Silva se detuvo junto a él con las manos en las rodillas y la respiración entrecortada, y a Bianquetti le pareció que estaba en bastante peor forma de lo que sugería su aspecto atlético.

—Espero que te vaya bien. —Se irguió para tenderle una mano que Bianquetti miró con aprensión—. Ya nos veremos.

Dudó un instante, retuvo un suspiro y se decidió a estrecharla. «Tal vez si lo hago desaparezca de una vez», se dijo.

Silva aprovechó el contacto para sacarse la tarjeta del bolsillo con la mano que tenía libre y ponerla entre sus dedos. Antes de que tuviera oportunidad de reaccionar, dio media vuelta y echó a correr de nuevo.

La leyenda BULL EYE refulgía como si se estuviera riendo de él y Bianquetti estuvo a punto de dejarla caer por segunda vez. Contempló a Silva montarse en el Citroën, ponerse en marcha con un ruidoso derrape y alejarse a toda velocidad, como si le hubiera surgido alguna urgencia, aunque en realidad creyó que estaba huyendo de él.

CAPÍTULO 3

Bianquetti condujo durante varios minutos tratando de dejar la mente en blanco pero, por más que lo intentaba, no podía quitarse de la cabeza la propuesta de Silva, a pesar de que tenía bastante claro que no iba a aceptar aquel trabajo.

Los pitidos de varios coches, enfurecidos por su avance lento y errático, interrumpieron una y otra vez el hilo de sus pensamientos, por lo que detuvo el Kadett en una parada de autobús. Después accionó las luces de emergencia y sacó la tarjeta que le había dado Silva.

Pasó un dedo sobre la inscripción BULL EYE, que brillaba con impertinencia. Luego sacó su teléfono móvil, abrió el buscador e introdujo el nombre «Carlos Ferraro» para averiguar quién era aquel tipo que, según Silva, tanta protección demandaba. Tuvo que esperar unos minutos hasta que la búsqueda se materializó en la pantalla y le ofreció una selección de páginas web que hablaban de aquel hombre, no tantas como para considerarlo famoso, pero sí las suficientes como para deducir que se trataba de alguien importante. Eligió una de las primeras y la pulsó con cuidado de que su dedazo no resbalase y tocara en cualquier otra parte.

De nuevo tuvo que esperar mientras se cargaba la página y maldijo en voz baja aquella estúpida tarifa de datos que se agotaba antes incluso de que empezara a utilizarla, convirtiendo cada búsqueda en una agonía. Un autobús es-

tacionó detrás de él y, tras descargar algunos pasajeros y recoger otros, le hizo ráfagas con las luces para recordarle que estaba prohibido detenerse allí. Bianquetti lo ignoró, motivando que el chófer volviera a accionar las luces con furia y, según vio a través del retrovisor, le dedicara algunos aspavientos. Al ver que no se apartaba, maniobró con brusquedad y lo rebasó, pasando a pocos centímetros del Kadett.

Bianquetti se olvidó de él y volvió a fijar su atención en la pantalla del teléfono. La información contenida en aquella web era demasiada para asimilarla en solo unos minutos y leyó en diagonal para hacerse una idea del contenido, deteniéndose en aquellos detalles que le parecieron más interesantes. Así, descubrió que el tal Carlos Ferraro era un reputado empresario con negocios en la industria naviera, aeronáutica e inmobiliaria. El número de empresas asociadas a su nombre era abrumador y, aunque la mayoría le eran desconocidas, los nombres de algunas le resultaron inconfundibles. Un monstruo de las finanzas, decidió, al que no debían de faltarle enemigos.

Volvió atrás y añadió al buscador las palabras «visita a Cádiz», pero no encontró información sobre la supuesta estancia de aquel hombre en la ciudad. Tras unos minutos de búsqueda en vano, escribió las palabras BULL EYE y esperó. Tuvo que visitar varias páginas hasta constatar que se trataba de una empresa de seguridad perteneciente a un conglomerado empresarial bajo la titularidad del propio Ferraro.

Un nuevo autobús se detuvo tras él y comenzó a descargar pasajeros mientras el chófer miraba fijamente el Kadett, el rostro congelado en una mueca desafiante. Bianquetti volvió a ignorarlo y marcó la opción «Buscar imágenes» en el navegador.

Lo primero que pensó cuando tuvo delante la sucesión de fotografías de Carlos Ferraro fue que se trataba de un anciano. Debía de rondar los setenta años, tenía la cabeza

pelada y salpicada de manchas de vejez y la mirada empedregada por unas gafas de pasta. En algunas imágenes salía en compañía de otras personalidades, entre las que destacaban algunos expresidentes del gobierno, un director de cine, varios futbolistas y el actual presidente del Real Madrid.

El claxon del autobús reclamándole que se apartase le hizo recordar dónde se encontraba y dedicó una mirada rabiosa al chófer por el retrovisor. Consciente de que ya tenía toda la información que necesitaba, arrancó y se incorporó a la circulación, aunque ralentizó su avance de forma intencionada, obligando al autocar a circular a una velocidad ridícula durante un buen rato. Observó el rostro del conductor, contraído por el enfado, y leyó en sus labios una avalancha de insultos que celebró como una victoria.